

Lo sexual infantil y puberal en los grupos terapéuticos de escritura para adolescentes



ANNE BRUN¹

La especificidad de los grupos terapéuticos de escritura para adolescentes está estrechamente correlacionada con la problemática adolescente. «Yo es otro» escribió el poeta francés Rimbaud, quien exploró por medio de la escritura esta alteridad interna en una obra brillante, a la que puso término antes de los veintiún años... La inquietante extrañeza, lo ominoso de un Yo convertido en Otro se perfila de manera aguda en el momento de la adolescencia, de la revolución puberal que enfrenta al joven con un nuevo cuerpo sexuado y con un conjunto de reorganizaciones psíquicas asociadas a una sexualización del pensamiento y de las representaciones. ¿Cómo podría la escritura, en el marco de un dispositivo grupal, ayudar al adolescente en dificultad a apropiarse de ese cuerpo genital extraño, a construir un espacio psíquico autónomo y a acceder al estatus de sujeto independiente?

Las mediaciones terapéuticas grupales se sitúan en las fronteras de la experiencia analítica. La cuestión planteada en este artículo será saber si se puede considerar una extensión del psicoanálisis, en el campo de la clínica adolescente, la utilización por los psicoterapeutas de la escritura como mediación, tomando como referencia la metapsicología psicoanalítica.

1 Profesora de Psicopatología y Psicología Clínica. Directora del CRPPC (Centre de Recherche en Psychopathologie et Psychologie Clinique), Universidad Lumière Lyon 2. annebrunlyon@orange.fr

La escritura terapéutica en grupo, cualquiera sea la problemática psicopatológica de los pacientes, permite desarrollar modalidades específicas de simbolización, al constituirse como lugar de emergencia de una escritura del cuerpo, cuerpo puesto en relato, narrado en los textos, más allá de las temáticas abordadas. De manera general, el papel primordial que desempeña el cuerpo en la escritura da especificidad a la obra literaria, compuesta a partir de la proyección de las sensaciones corporales del autor, que forman «el cuerpo de la obra», según D. Anzieu (1981). Pero, a diferencia de una actividad de escritura individual, el taller terapéutico de escritura representa un verdadero modo de tratamiento de la problemática corporal al activar la fantasmática grupal inconsciente que da forma a los textos escritos por cada uno de los participantes.

Esos textos y las palabras que acompañan su producción constituyen un relato polifónico de grupo que va tejiéndose de sesión en sesión a través de la palabra y de la materialidad de la escritura, de la articulación entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo. No se trata solamente de dar forma al cuerpo grupal, vinculado con las fantasías inconscientes organizadoras del grupo, cuyas configuraciones fueron determinadas por R. Kaës (1976) y Anzieu (1975). Se trata también de activar, en cada participante, procesos de simbolización de vivencias corporales arcaicas no figurables hasta entonces, o de mociones pulsionales inasimilables que tienden a desbordar el yo: el trabajo de escritura en grupo reactiva así vivencias corporales y huellas mnémicas no simbolizadas, convocándolas, de algún modo, a la figuración.

A partir de mi experiencia con varios tipos de grupos de escritura terapéuticos, por ejemplo con pacientes psicóticos, pacientes alcohólicos, pacientes presos, he propuesto definir algunas figuras dominantes del trabajo terapéutico realizado con los pacientes mediante la escritura grupal (Brun, Chouvier y Roussillon, 2013, cap. 11). De manera general, esta investigación parte de la suposición de que el tratamiento de estas situaciones necesita marcos y dispositivos que tengan en cuenta, de forma específica, los registros de la sensorialidad, de la motricidad y, en suma, el de la corporalidad para que los pacientes sujetos puedan acceder a los procesos de simbolización. Desde esta perspectiva, propongo una modelización de la práctica de talleres terapéuticos de escritura como herramienta de tratamiento de las situaciones clínicas extremas, como

las de pacientes psicóticos adultos, alcohólicos, adolescentes suicidas y detenidos. Estos trabajos sobre los grupos terapéuticos de escritura en situaciones clínicas extremas se articulan en torno a la temática del cuerpo y la elaboración del actuar (*l'agir*), en particular desde la óptica de una metaforización del cuerpo en la escritura.

El trabajo en los grupos terapéuticos de escritura se inscribe en una reflexión más global sobre los dispositivos que utilizan mediaciones, a partir de la cual propuse primero una metapsicología de las mediaciones en la psicosis infantil (Brun, 2013). Me surgió la idea de una posible y necesaria elaboración de una metapsicología de la mediación en la psicosis infantil, basada no solamente en una síntesis y una puesta en perspectiva de los trabajos sobre la mediación, la simbolización, los grupos y la psicosis, considerados a partir del campo de la psicosis infantil, sino también en la propuesta de nuevos puntos de vista sobre el marco conceptual que ilumina estas prácticas, que necesitan una modelización específica.

La tesis principal es que en el campo de la psicosis infantil y del autismo las mediaciones terapéuticas presentan el interés de dar a los niños el acceso a los procesos de simbolización a partir de la sensoriomotricidad. En efecto, la especificidad de este marco terapéutico consiste en proponer un trabajo de puesta en figuración, a partir de la sensorialidad, tanto de la sensoriomotricidad del niño como de las cualidades sensoriales del médium maleable, sin olvidar, en algunos aspectos, la implicación del cuerpo de los terapeutas en su vínculo con los niños. El hilo conductor de mi reflexión se refiere entonces a las modalidades de los procesos de simbolización emprendidos por el niño a partir de la sensoriomotricidad y a los procesos de metabolización que vuelven figurable el registro sensoriomotor.

EL ENCUADRE-DISPOSITIVO DEL GRUPO TERAPÉUTICO DE ESCRITURA

El trabajo terapéutico se presenta de la manera siguiente: el taller de escritura, de una duración de dos horas semanales, comprende tres tiempos distintos: primero un tiempo de intercambios entre los participantes, durante el cual se elabora la consigna de escritura del día, variable según la dinámica grupal y la eventual indicación de los terapeutas; después un segundo tiempo de escritura, por lo general individual, pero a veces también

colectiva, y, por último, un tercer tiempo de lectura oral, de asociaciones e intercambios sobre cada texto. Una pareja terapéutica sostiene el encuadre del grupo. *Estos terapeutas son psicoanalistas o tienen una formación en psicología clínica referida a la metapsicología psicoanalítica.* Para focalizar de manera diferenciada la dinámica transferencial de los pacientes con cada uno de los terapeutas, es preferible que uno de ellos escriba con los pacientes, mientras que el otro se abstiene de entrar en la escena de la escritura, lo cual le permite instaurar la distancia terapéutica necesaria para el proceso de elaboración. El terapeuta que escribe produce, al igual que los otros participantes, un texto individual. Ese texto es concebido como un espejo del grupo, que propone a los participantes un reflejo de la fantasmática grupal inconsciente; los pacientes captan rápidamente que ese texto del terapeuta remite a los fenómenos presentes en el grupo y pueden jugar a descifrarlo, asociándolo con la historia del taller y de los individuos que lo integran. Durante el tiempo de escritura, el terapeuta que no escribe puede releer los textos de la carpeta colectiva, materializando así su función de ensoñación dentro del grupo.

Los disparadores de la escritura varían a lo largo de las sesiones, según la dinámica grupal; la consigna de escritura va adquiriendo forma durante los primeros intercambios en el taller, relacionada con la fantasmática grupal inconsciente que está presente. Dicho de otro modo, la consigna de escritura se elabora a menudo a partir de las palabras de los adolescentes y de la fantasmática grupal surgida en el taller anterior. Cuando los terapeutas retoman el trabajo realizado, después de cada sesión, el análisis a posteriori de los temas de escritura elegidos revela de hecho la importancia de la fantasmática grupal inconsciente, tanto en las consignas propuestas por los pacientes como en las sugeridas a veces por ellos, como un eco de su vivencia contratransferencial. La contratransferencia del terapeuta juega en efecto un rol central en esta elaboración de las consignas. Entre los múltiples desencadenantes posibles de la escritura, mencionaré, en el ejemplo clínico siguiente, la invitación a un viaje a una tierra imaginaria, que es la consigna más frecuente de este taller, por razones específicas de la problemática adolescente.

En la mayoría de los casos la escritura es individual, pero a veces también grupal, según la dinámica en juego en el taller. Los participantes pueden proponer temas de escritura escribiéndolos en papelitos que después

se sortean, y el texto que se escribe se dirige entonces más particularmente a la persona que sugirió el tema. ¿Qué sucede con los textos escritos por el grupo? Se guardan en una carpeta colectiva que se deja en el medio de la mesa en cada sesión grupal. Los participantes aceptan generalmente de buen grado que se conserve una fotocopia de su texto en la carpeta y muchas veces se llevan el original. Este juego entre lo íntimo y lo grupal parece fundamental en la adolescencia, cuando se vuelve conflictiva la articulación entre los vínculos con el entorno y la construcción de un espacio psíquico interno.

En fin, la cuestión de la interpretación del texto es importante en ese tipo de encuadre-dispositivo. Es posible captar el sentido inconsciente de un texto e interpretarlo primero con ayuda de las asociaciones que realiza el autor, pero también a partir del surgimiento de constelaciones asociativas recurrentes en los escritos, según una modalidad de abordaje psicoanalítico de los textos en el terreno de la literatura. Muchas veces, el propio grupo terapéutico de escritura hace hincapié en esas redes asociativas, subrayando los ecos entre los diferentes textos de un mismo autor. El trabajo de interpretación se hace también analizando la dimensión contratransferencial de las propuestas de consignas de escritura, del compromiso contratransferencial presente en los textos del terapeuta que escribe y, finalmente, en el análisis de las modalidades mismas de intervención del terapeuta, reveladoras de su contratransferencia. Como lo indica A. Green (1992), el analista deviene el analizado del texto, por lo que es importante determinar los efectos contratransferenciales de los textos en el terapeuta. Por supuesto, las intervenciones grupales del terapeuta no deberían formular este análisis en forma interpretativa, sino más bien mediante relances asociativos, propuestas de imágenes y a veces interpretaciones formuladas a partir de la transferencia grupal.

UN ENCUADRE ESPECÍFICO PARA LOS ADOLESCENTES

Las características señaladas definen el conjunto de los grupos terapéuticos de escritura, pero para que el trabajo grupal de escritura sea eficiente para la problemática de los adolescentes conviene proponerles un encuadre terapéutico específico, que se ilustrará en el ejemplo siguiente.

En el contexto de la dificultad de un sector de psiquiatría infantil para proponer tratamientos para los adolescentes de la edad bisagra de trece a diecisiete años, propuse crear un grupo terapéutico de escritura, transversal, no dependiente de ninguna unidad de tratamiento particular. La mayoría de los adolescentes que participan en este taller de escritura están escolarizados y viven con sus familias. Las indicaciones, que excluyen las patologías psicóticas, son muy variadas: conductas adictivas, maternidad muy precoz, sintomatología somática, tentativas de suicidio, etc. La creación de este taller terapéutico de escritura necesita un trabajo previo de colaboración y relacionamiento con los profesionales de salud del sector (psiquiatras, psicólogos, médicos responsables de las unidades hospitalarias con sus equipos) para definir las indicaciones terapéuticas.

Indicación y entrevista inicial

En cuanto al encuadre de este taller terapéutico, antes de admitir a un adolescente en el grupo de escritura, este entra en contacto conmigo, en mi calidad de psicoanalista-psicoterapeuta del sector, en una entrevista individual. Este encuentro inicial ha demostrado ser fundador de la alianza terapéutica con el joven, a quien se invita a participar en un grupo de escritura solamente si lo pide de manera expresa, personalmente, después de un tiempo de reflexión. Para los adolescentes derivados por el servicio de pediatría tras una tentativa de suicidio, se impone una modificación del encuadre de la primera entrevista. La experiencia ha mostrado, en efecto, que es raro que un adolescente solicite, después de su hospitalización, su admisión en el grupo terapéutico de escritura por una indicación formulada por el servicio de pediatría. En ese caso me desplazo hasta este servicio para entrevistarme con el joven durante su hospitalización. El interés de este dispositivo es movilizar al adolescente en la urgencia consecutiva al pasaje al acto e iniciar un proceso transferencial sobre el cual podrá apoyarse para incorporarse al grupo terapéutico.

Articulación entre grupo terapéutico y tratamiento individual

Parece indispensable que el grupo de escritura no sea un polo único de tratamiento —omnipotente o impotente—. Es por ello que el ingreso a este tipo de dispositivo se acompaña de un tratamiento conjunto, individual

o familiar, con un psicólogo y/o psiquiatra del sector de salud, a un ritmo variable según el caso y el tipo de tratamiento (psicoterapia, entrevista individual o familiar). Mientras dura el grupo de escritura, a menudo los adolescentes establecen vínculos espontáneos entre su terapia individual y su trabajo grupal.

El ciclo de escritura como organizador temporal específico

La propuesta de ciclos de escritura de cinco sesiones, renovables, será, en la problemática adolescente, un organizador temporal específico. Ese dispositivo permite particularmente trabajar en el taller la cuestión de la demanda, de la inscripción en la temporalidad y de los vínculos transferenceles con el grupo. Al terminar o reiniciar un ciclo, cada participante hace un balance del trabajo terapéutico, lo cual le permite al adolescente, que tiende a vivir en un presente eterno, marcar la temporalidad de períodos sucesivos y volverse así activamente sujeto de su historia en el grupo. Además, la reflexión sobre sí mismo de manera periódica en esos momentos bisagra sitúa la escritura como una experiencia de cambio que el grupo, los terapeutas y el propio adolescente destacan a lo largo de los ciclos.

Por otro lado, este dispositivo permite modular la participación del joven en el transcurso del tiempo, le hace posible organizar una ruptura temporal del tratamiento, de la cual él es protagonista activo. Los adolescentes sienten frecuentemente la necesidad paradójica de romper los lazos que han investido fuertemente, pues la relación de dependencia con el objeto puede representar una amenaza a nivel de su narcisismo. No es raro, por ejemplo, que un adolescente pida o realice una interrupción provisoria de su participación en el grupo; el joven puede entonces distanciarse en forma momentánea, sin ruptura definitiva. El regreso al grupo le da luego la oportunidad de trabajar, a partir de la dinámica transferencial, sobre los motivos inconscientes de su interrupción provisoria. De este modo, los procesos de separación-individuación y la problemática del duelo de las imagos parentales se actualizan frecuentemente en este encuadre terapéutico. Es importante pues no imponer de entrada un encuadre definido solamente por los terapeutas, sino coconstruir el encuadre con cada adolescente.

LA ESCRITURA COMO TRATAMIENTO DE LO PULSIONAL PUBERAL

Una de las funciones de la escritura en la adolescencia consiste en hacer surgir la imagen de un cuerpo genital frecuentemente vivido por el adolescente como algo «inquietante y ominoso» (Cahn, 1998), capaz de desbordarlo o de amenazarlo con su fragmentación. En ese sentido, la escritura podría representar para el adolescente un modo de tratamiento de lo pulsional puberal (Gutton, 1993), que podrá ser externalizado en los escritos en grupo. El adolescente intentaría entonces regular la amenaza de desborde pulsional en la pubertad por medio de la puesta en relato de la aventura de su cuerpo.

La aventura del Yo (*Je*) adolescente en la escritura será también la aventura de la subjetivación, como lo ha mostrado F. Richard (2001: 231-268) a partir de diferentes autores. Sin embargo, la escritura con fines terapéuticos no tendría por qué desplegarse forzosamente en el registro de la autobiografía. En mi práctica de grupos de escritura terapéuticos para adolescentes, me propongo mostrar cómo, paradójicamente, el hecho de descentrar al adolescente de su Yo en la escritura grupal, para invitarlo a meterse en la piel de un Otro, de un Yo ficticio, le permite crear una distancia propicia para instaurar un proceso de subjetivación. Ese juego de escritura a partir de un Yo convertido en Otro activará en el adolescente el proceso de reapropiación de un cuerpo extraño, permitiéndole además configurar un espacio psíquico propio, separado del exterior. Una de las funciones principales de la escritura grupal en la adolescencia consistiría por tanto en permitirle al adolescente reconquistar su Yo a partir de un Yo otro, en los textos y en el espejo grupal. Concretamente, se invita a los participantes a diferenciar en sus textos el narrador del autor, lo que materializa una distancia entre el Yo y el Otro en el Yo. Limitaré los ejemplos clínicos a la consigna más frecuente de este taller de escritura, dada en particular cuando un nuevo participante se integra al grupo: la invitación a un viaje imaginario,² que convida al adolescente a una *extraterritorialización* de su yo.

2 Para esta consigna de escritura me inspiré en los viajes imaginarios de Henri Michaux, que dedicó una obra, *Ailleurs* (1948), a la invención de países extraños.

«Imagínese que es un viajero que descubre un país imaginario. Debe describirlo en un relato de viaje en primera persona. Puede dar rienda suelta a su fantasía para inventar la configuración de ese país y las particularidades de sus habitantes.»

En ese viaje imaginario, el Yo del adolescente se presentará como el Otro del viajero, porque el Yo del narrador designará a ese viajero que descubre un país desconocido. Así, mediante un proceso proyectivo, los adolescentes podrán de inmediato evocar los aspectos más íntimos de su mundo interior y de sus vínculos con su entorno, sin por ello tener la impresión de mostrarse. Esta expatriación, repetida de manera regular en el curso de los talleres, les permitirá externalizar, en forma de lugares imaginarios, representaciones y afectos mortíferos, violentos, extraños, así como también dar cuerpo a vivencias arcaicas que remiten a las relaciones precoces con las imagos parentales, sin ser amenazados de aniquilamiento o de explosión frente a la desligazón de fuerzas inconscientes. A lo largo de los diferentes textos, a partir de las asociaciones afines, tanto personales como grupales, y de las intervenciones de los terapeutas, el adolescente descubrirá progresivamente que lo que está explorando es su propio mundo interno como una tierra extranjera. El taller de escritura lo incitará poco a poco a reapropiarse del Otro en sí mismo.

Así, estos relatos de viaje permiten a los adolescentes externalizar en lugares inventados su geografía íntima. Esas ficciones escritas en primera persona —en Yo— pueden leerse como una proyección del cuerpo del autor, a la vez del nuevo cuerpo sexuado de la genitalidad y del cuerpo pregenital de la infancia. En efecto, junto con la aparición de imágenes típicas de la eclosión pulsional puberal, esos viajes imaginarios dibujan a menudo en filigrana figuras de vivencias corporales arcaicas, que remiten al cuerpo pregenital. Pueden aparecer entonces defensas regresivas frente a ese nuevo cuerpo deseante, en forma de representaciones de descorporeización o, al contrario, de una afluencia de imágenes sensoriales asociadas con la primera infancia, que evocan una sensorialidad regresiva o arcaica, como si el adolescente intentara preservar la imagen idealizada del cuerpo pregenital. Puede tratarse también de una tentativa de inscribir una diversidad de vivencias corporales para poder de alguna manera reapropiarse de una afluencia desorganizadora de sensaciones, bajo la forma de un texto

unificado. En el curso de un taller terapéutico aparecen frecuentemente esbozos de ligazón del cuerpo erógeno en la escritura, que se presenta como una tentativa de religazón pulsional del caos, de unir las pulsiones parciales en un cuerpo de texto unificado.

LA ESCRITURA ADOLESCENTE COMO TENTATIVA DE REUNIFICACIÓN DEL CUERPO Y DE LA PSIQUIS

Como lo ha mostrado J. Guillaumin (2001), la proyección en la escritura de un exceso de estímulos permite una inscripción externa de lo que no se ha elaborado internamente y un tratamiento mediante la escritura de elementos inaceptables, como las mociones pulsionales incestuosas y parricidas que el adolescente no logra elaborar. El interés terapéutico de la escritura grupal en la adolescencia consistiría, por tanto, en permitir que el adolescente reintroye y se reapropie de lo que ha proyectado en sus textos y en el grupo. Así, el adolescente puede utilizar la escritura como modo de reunificación de sí, frente al riesgo de estallido pulsional en la pubertad. Gracias a la escritura en grupo, el adolescente junta de alguna manera vivencias corporales fragmentadas y contempla en el espejo de la página escrita —y en el del grupo!— una imagen reunificada de sí. En fin, por medio de la invención de escenarios fantasmáticos, indisociables de su vivencia corporal, el adolescente trabaja para dar forma y elaborar su excitación pulsional.

En esa perspectiva, la escritura grupal en la adolescencia contribuiría a reducir el posible «clivaje entre cuerpo y psiquis», característico del proceso puberal según A. Birraux (1994). La reducción progresiva de ese «clivaje» entre el cuerpo de la historia infantil y el cuerpo púber acompaña el proceso de integración del cuerpo sexuado, pero la exacerbación de ese «clivaje» será fuente de diversas patologías. Es por ello que la función principal de la escritura en grupo en la adolescencia consiste en permitir que el joven en dificultad reconstruya la alianza, amenazada por la eclosión puberal, entre él y su cuerpo.

La escritura en grupo en la adolescencia constituye entonces una tentativa de ligazón del cuerpo infantil con el cuerpo sexuado, del cuerpo pregenital con el cuerpo erógeno de la genitalidad. Se trata de dar cuerpo a huellas perceptivas arcaicas, que remiten a las relaciones precoces con el entorno, y articularlas con la expresión de vivencias corporales puberales, ligadas con

fantasías edípicas. En otras palabras, la actividad de escritura grupal en la adolescencia pone a trabajar a la vez los registros edípicos y arcaicos.

LA ESCRITURA COMO TENTATIVA DE LIGAR EL CUERPO PREGENITAL CON EL CUERPO ERÓGENO Y COMO ELABORACIÓN DEL GESTO SUICIDA

El ejemplo del trabajo de Marina permitirá establecer algunos aspectos indicadores del trabajo terapéutico durante un año de taller de escritura, en cuyo transcurso Marina escribió una decena de viajes imaginarios.

El viaje imaginario como metaforización del acto suicida

Marina es una adolescente de catorce años que ingresa al taller de escritura luego de una tentativa de suicidio. Su acto le resulta enigmático a ella misma: lo asocia sin embargo con un conflicto importante con su padrastro, a quien detesta, y sobre todo con el sentimiento de no tener un lugar en su familia, varias veces recompuesta, tanto del lado del padre como de la madre. Es la hija mayor de numerosos hermanos; vive con su madre, pero varias veces estuvo a cargo del padre durante su primera infancia, debido a depresiones importantes de su madre, en particular después de su nacimiento. Tiene pocos recuerdos de su infancia, salvo, a partir de los siete años, de las frecuentes ausencias de su madre, que salía mucho por las noches. Recuerda también que rara vez veía a su padre.

Los primeros viajes de Marina ponen en escena las figuras parentales de manera significativa, y dan algunas claves de su pasaje al acto suicida: el tema del viaje se asocia por lo general con la muerte. Los textos de los jóvenes que han intentado suicidarse metaforizan frecuentemente su reciente regreso del viaje hacia la muerte. Veamos el inicio del primer texto de Marina: «Me siento sola, sola, entonces decido ir a caminar afuera e incluso no volver jamás». Parte entonces hacia un mundo luminoso donde un caballo se aproxima y ella lee una canción en sus ojos: «Una voz apenas audible canta esta dulce melodía, ahora lo sé, es la voz de una de las personas que más amo en el mundo, pero por desgracia él no estaba a mi lado cuando me sentía mal: mi padre». Monta el caballo que la lleva en una carrera loca, cada vez más cerca del sol: «Quiero detenerme pero esta voz me llama, me invade, estoy tan cerca, es quizá lo que siempre he buscado, esta pureza,

¿por qué renunciar ahora?». Pero el caballo tropieza con una roca: «Caigo, caigo, todo está negro, ruedo, ruedo, me detengo, abro los ojos, estoy terriblemente sola. Los espasmos me invaden y me doy cuenta de que estoy en mi cama. Pero el estribillo persiste en mi oreja y estoy casi feliz».

Hay una búsqueda imposible de un padre imaginario que la colma, el de la melodía de infancia, y también del padre más edípico de un mundo pulsional intenso, materializado por la carrera loca del caballo y el calor del sol. La huída para «no volver más» y la caída metaforizan la tentativa de suicidio, que se acompaña por una fantasía de reencuentro con el padre. Este texto evoca también claramente el orgasmo, con los espasmos en la cama, asociado al terror de una caída. Evidentemente, me abstengo de formular interpretaciones, pero apunto simplemente las asociaciones de Marina en relación con el padre. Ella evoca su nostalgia del tiempo en que vivía sola en casa de su padre antes de que este volviera a casarse, su dificultad actual de acercarse a él. Su tentativa de suicidio le permitió sin embargo expresar a su padre su necesidad de verlo y hablar con él a solas.

En una nueva ficción, algún tiempo después, el Yo del narrador practica el buceo, descubre la Atlántida, se encuentra con un viejo sabio con el cual pasa un momento, pero este debe borrar su visita de su memoria. La heroína de la historia se despierta en una cama de hospital, junto a su madre que le anuncia que casi se ahoga en una sesión de buceo. En ese texto, el acercamiento con la figura paterna, esta vez desexualizada por la edad, se mantiene efímero, a la vez la colma y se vuelve mortífero. El vínculo pasajero con la figura paterna siempre está a punto de borrarse, pero la presencia materna la ayuda a escapar de morir ahogada en ese encuentro destinado al olvido. Conviene precisar que en ese momento, a diferencia del trabajo inicial en el taller, Marina ha efectuado una transferencia de tipo materno con respecto al grupo y a mí, y concurre a entrevistas psicoterapéuticas con una terapeuta con la que logró buen investimento.

FIGURACIÓN Y TRATAMIENTO GRUPAL DE VIVENCIAS ORIGINARIAS CATASTRÓFICAS

En los escritos de Marina las sensaciones de caída aparecían de manera reiterativa y se fueron asociando en particular con imágenes de ahoga-

miento en un mar que la engulle. En sus relatos de viaje, por ejemplo, muchas veces naufragaba y quedaba sumergida en las profundidades del mar. En mis intervenciones, subrayé el eco posible entre mar (*mer*) y madre (*mère*), al igual que la dificultad para Marina de imaginarse sostenida sobre o por la mar-madre. Sin retomar en detalle el trabajo asociativo de Marina y del grupo, poco a poco se advirtió que esos textos constituían un eco de antiguas experiencias, asociadas especialmente a su vínculo precoz con una madre deprimida y ausente. Varios de sus escritos son entonces una puesta en escena de imágenes ligadas a interacciones precoces, vivencias corporales arcaicas, próximas a las agonías primitivas, como teorizó Winnicott, que permanecieron impensables y no figurables y que fueron reactivadas por la tentativa de suicidio: caída en un hoyo sin fondo, ahogamiento, agujero negro, ausencia de la mirada del otro...

Una de las funciones terapéuticas del taller de escritura consistiría entonces en permitir la figuración de esas vivencias originarias catastróficas, hasta entonces impensables, así como su elaboración en la dinámica transferencial del grupo. Al principio, Marina percibía al grupo como indiferente e indiferenciado, en espejo con un texto en el que ella evocaba un mundo futurista, con robots con rostros cerrados, sin bocas y por tanto sin sonrisas. Marina imagina un mundo futurista en el cual la narradora habita el piso cien de un edificio:

2080, en un departamento del piso cien, la calle es magnífica pero a veces tengo ganas de vomitar al mirar hacia abajo. Esa negrura profunda que veo me da miedo.

Tomo el auto, voy a comprar regalos para las fiestas de Navidad. Todavía no estoy acostumbrada a esta nueva vida, cuando manejo no soporto esta impresión de flotar, tengo la impresión incesante de caer. Todo esto es tan raro [...] Esta caída es interminable, no le veo fin.

Bueno, estoy finalmente en la tienda, es increíble, ahora las cajeras han sido sustituidas por robots que jamás dicen nada, que no tienen boca; o sea que no tenemos derecho a una linda sonrisa de su parte.

Este texto asocia ganas de vomitar, impresión de flotar y caída interminable en un mundo deshumanizado con robots sin boca. Eco sin duda de la ausencia de mirada y de palabras de una madre inmersa en su depresión, que no ha podido asegurar un sostén seguro para Marina. Sin remitirla a las interacciones precoces, sino a través de una intervención en transferencia, le sugerí a Marina un nexo entre estos robots sin boca y su angustia frente a un grupo y a terapeutas que no emitieran ningún eco, que no le devolvieran palabras o una imagen de ella misma. Las asociaciones de Marina y del grupo permitieron ligar su necesidad de tomar un lugar central en el taller con esta angustia de no existir lo suficiente para el grupo. En efecto, Marina buscaba activamente en el grupo la mirada y las palabras que le faltaron de la madre; grupo que ella vivió como un continente materno que le hacía falta. Ese texto, en eco con la ausencia de mirada y de palabras de una madre sumergida en la depresión, es un ejemplo de la manera en que los textos compuestos en el encuadre del taller se escriben siempre en resonancia con la vivencia transferencial del autor, en relación con el grupo y con los terapeutas.

TRABAJO DE DIFERENCIACIÓN Y DE DUELO

Tras un año de trabajo, justo antes de la separación de las vacaciones de verano, Marina escribió un texto que cuenta su transformación súbita en su madre, y pone en juego una fantasía de indiferenciación de su cuerpo con el cuerpo materno:

Un sábado por la mañana, me desperté en el cuarto de mis padres, al lado de mi padre. De pronto él se despierta, me toma por el cuello y ¡me besa en la boca! Yo me levanto y voy corriendo al cuarto de baño [...] Me miro en el espejo. ¡Qué horror! ¡No es mi reflejo! ¡Veo el reflejo de mi madre! Grito. Mi padre acude, alarmado. «¿Qué pasa, querida?» Comprendí: mi madre soy yo; y yo soy mi madre. Respondo entonces: «Nada, pa..., digo, mi amor, ¡creo que tengo un granito en la frente!». [...]

Mi madre, una niña de cinco años, me tendía los brazos. Yo la levanto y ella se chupa el dedo. ¡Simplemente nos dimos cuenta de que habíamos cambiado nuestras apariencias! [...]

Yo me acuerdo entonces de que yo era, o más bien de que mi madre era, «psi» y que practicaba la hipnosis. Decido utilizar sus conocimientos. Después de la sesión, finalmente pude volver a poner las cosas en orden. Asombroso, ¿no?

Más allá del aspecto evidentemente edípico del texto, aparece la fantasía de un cuerpo para dos, de un cuerpo idéntico. Este texto condensa extraordinariamente por un lado la evolución del trabajo terapéutico de Marina hacia una diferenciación de los cuerpos, apoyándose en la madre «psi» del grupo al igual que en la escritura grupal, y por otro un posible significado inconsciente de su tentativa de suicidio, en tanto tentativa de diferenciarse del cuerpo materno con el cual se identifica (lo contrario a la búsqueda de una fusión en la muerte).

La escritura de esta adolescente se ha centrado entonces en un trabajo «de separación y de duelo de los objetos erotizados de la infancia», a semejanza de Rimbaud, quien constituye para Guillaumin (2001: 104) el paradigma de la problemática adolescente. Este ejemplo clínico da testimonio de la importancia de las carencias narcisistas de la primera infancia, como lo ha mostrado Cahn (1998). A este respecto, el recurso a la escritura grupal hace trabajar a la vez los registros edípico y arcaico, y las intervenciones de los terapeutas deben articular necesariamente esos dos registros. El caso de Marina plantea de manera ejemplar la cuestión de una interpretación oscilante entre el registro de las necesidades del yo y el del deseo.

De ahí que, paradójicamente, el viaje imaginario permitió a esta jovencita reconstituir algunos hilos de su historia, de lo que ignoraba saber de ella misma, sin necesidad de contar en realidad su historia. Los relatos de viajes imaginarios se organizan pues alrededor de una proyección del cuerpo del autor, a la vez cuerpo pregenital y cuerpo erógeno de la genitalidad, que surgen en las fantasías del adolescente. El recurso a la escritura representa así para un adolescente un factor de ligazón posible entre cuerpo infantil y cuerpo sexuado. En todos los casos, el analista comienza sobre todo por la restauración de los continentes psíquicos, antes de que sea posible la interpretación de los contenidos inconscientes.

TRABAJO DE AUTOHISTORIZACIÓN (AULAGNIER)

La estrategia terapéutica principal de ese grupo de escritura para adolescentes consiste, paradójicamente, en invitar al adolescente a elaborar su historia, sin comprometerlo por ello en un relato autobiográfico. Es precisamente por la puesta en escena en los textos de un Yo ficticio, en cuya piel se proyecta el adolescente, que este podrá emprender un trabajo específico de autoteorización, término propuesto por P. Aulagnier (1984). Esta escritura grupal resulta muy diferente de la escritura de sí en un diario íntimo, por la inscripción del adolescente en la historia del grupo, el impacto de la fantasmática grupal inconsciente sobre su escritura, así como las apuestas transferenciales de su vínculo con el grupo y con el terapeuta. El texto escrito se convierte en el soporte de este vínculo.

Otra función terapéutica central de ese grupo de escritura consiste en permitir al adolescente operar una importante reorganización identificatoria apoyándose en los escritos de ficción que convocan especialmente las fantasías que se refieren a la novela familiar del sujeto (Freud, 1909), es decir, las fantasías con las cuales el sujeto modifica imaginariamente su relación con los padres. El adolescente viajero se convierte así activamente en el héroe de su historia, remodelándola, transponiéndola, volviéndola a empezar a través de sus aventuras textuales, y su Yo se construye por medio de esta posible difracción en lugares e identidades múltiples.

¿Cómo se opera entonces un posible trabajo de autohistorización dentro del grupo? En la lectura colectiva de los textos redactados durante la sesión terapéutica, el grupo subraya frecuentemente, como ya hemos dicho, las redes asociativas repetitivas en los textos de un autor y las intervenciones de los terapeutas relanzan el proceso asociativo individual del autor y del grupo. Esas asociaciones individuales o grupales con acontecimientos o elementos de la infancia o de la vida actual del adolescente contribuyen al trabajo de puesta en sentido de su historia, que se coconstruye con el grupo y los terapeutas a lo largo de los ciclos de escritura. De ese modo, el adolescente es llevado a construir su historia libidinal y a introducir vínculos de causalidad en el discurso sobre sí mismo. Del lado de los psicoanalistas psicoterapeutas, una de las especificidades del trabajo terapéutico en grupo de escritura con adolescentes consiste en mezclar las

interpretaciones relativas a la fantasmática grupal inconsciente y las que buscan acompañar el proceso de autohistorización de cada paciente dentro del grupo. El adolescente reescribirá así poco a poco las versiones infantiles de su historia, para poder apropiársela desplegándola en el grupo.

De este modo, la escritura terapéutica en grupo en la adolescencia no metaboliza solamente la afluencia pulsional puberal, sino que reactualiza y simboliza lo sexual infantil. La denominación freudiana de *sexualidad infantil* (Brun, 2010) no remite tanto a comportamientos o a puestas en acto del niño, sino a las modalidades primarias de organización de su vida pulsional y a los procesos de apropiación subjetiva de su vida afectiva y de sus deseos. Lo sexual infantil no abarca lo sexual de la infancia, porque la infancia designa un período de la historia del sujeto marcada por un conjunto de acontecimientos y de modalidades de vínculos con su entorno, mientras que lo infantil «conciene una manera de representar los acontecimientos [...], es decir, el trabajo de puesta en sentido de la historia, más que la historia misma» (Roussillon, 2007: 22). R. Roussillon sostiene la idea de que conviene definir lo sexual a partir de su contribución en los procesos de simbolización y en el trabajo de apropiación subjetiva. En esta perspectiva, lo sexual es una forma de proceso caracterizado por su poder metafórico, que remite a la función de ligazón y de integración de la libido descrita por Freud. Lo sexual infantil se mantiene por tanto activo en el adulto, porque su inconsciente guarda las huellas de lo infantil, que el adulto reactualiza, transforma, reinterpreta a lo largo del tiempo, para integrarlo a la actualidad de su experiencia subjetiva. La escritura de los adolescentes queda de este modo marcada por las lógicas de lo sexual infantil que organizan su inconsciente, comportando a la vez las huellas de la afluencia pulsional puberal, que podrá ser simbolizada por medio de la escritura terapéutica en grupo. ♦

RESUMEN

Este artículo propone considerar como un terreno de encuentro analítico la mediación terapéutica de la escritura en un dispositivo grupal para adolescentes que toma como referencia la metapsicología psicoanalítica. El grupo terapéutico de escritura, que articula el recurso de la escritura y el dispositivo grupal, encamina al adolescente en la vía de la subjetivación, permitiéndole en particular apropiarse de su cuerpo, frecuentemente vivido como extraño, efectuar un duelo de las figuras parentales de la infancia e iniciar un trabajo de autohistorización. Se trata entonces de vislumbrar las modalidades de un encuadre terapéutico específico para la problemática adolescente, y de explorar, a partir de un ejemplo clínico, cómo el recurso de la escritura grupal pone a trabajar a la vez los registros edípico y arcaico. Esta escritura, en el marco de un dispositivo grupal, permite al adolescente tratar a distancia lo pulsional puberal, reactualizando los avatares de las interrelaciones precoces y apelando a la figuración de las vivencias corporales arcaicas, que remiten al cuerpo pregenital. La escritura de los adolescentes queda de este modo marcada por las lógicas de lo sexual infantil, que organizan su inconsciente, comportando a la vez las huellas de la afluencia pulsional puberal, que podrá ser simbolizada por medio de la escritura terapéutica en grupo.

Descriptores: ESCRITURA / ADOLESCENCIA / CUERPO / SUBJETIVACIÓN /
TÉCNICA DE PSICOTERAPIA DE GRUPO / MATERIAL CLÍNICO /

ABSTRACT

The aim of this paper is to consider, as a field for the analytic encounter, the therapeutic mediation of writing in a group activity for adolescents, in the framework of the psychoanalytic metapsychology. The therapeutic group of writing, which articulates writing as a resource and the group mechanism, leads the adolescent into the road to subjectivization, allowing for the ownership of his/her body, frequently experienced as alien to him/her, for the mourning of the childhood parental figures and for a process

of self-historization to get underway. The paper is an attempt to envisage forms of a therapeutic setting that is specific for the adolescent situation, and to explore, with the help of a clinical example, the way in which group writing activates both oedipal and archaic orders. This writing, in the context of the group mechanism, makes it possible for the adolescent to deal with the pubertal libidinal aspects from a distance, reactualizing the vicissitudes of his/her early relationships and resorting to the representation of the archaic body experiences, which refer to the pregenital body. The adolescents' writing is in this way marked by the logics of infantile sexuality, which organize his/her unconscious, and which at the same time imply the traces of the pubertal drive inflow, which can be symbolized by the therapeutic writing in the group.

Keywords: WRITING / ADOLESCENCE / BODY / SUBJECTIVATION /
GROUP PSYCHOTHERAPY TECHNIQUE / CLINICAL MATERIAL /

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anzieu, D. (1975). *Le groupe et l'inconscient*. París: Dunod.
- (1981). *Le corps de l'œuvre*. París: Gallimard.
- Aulagnier, P. (1984). *L'apprenti-historien et le maître sorcier. Du discours identifiant au discours délirant*. París: PUF.
- Birraux, A. (1994). *L'adolescent face à son corps*. París: Bayard.
- Brun, A.; Chouvier, B. & Roussillon, R. (2013). *Manuel des médiations thérapeutiques*. París: Dunod.
- Brun, A. & Chouvier, B. (2010). *La sexualité infantile*. París: Topos, Dunod.
- Cahn, R. (1998). *L'adolescent dans la psychanalyse. L'aventure de la subjectivation*. París: PUF.
- Freud, S. (1909). Le roman familial des névrosés. En *Névrose, psychose et perversion*. París: PUF, 1973.
- Green, A. (1992). *La déliaison*. París: Les belles lettres.
- Guillaumin, J. (2001). *Adolescence et désenchantement*. París: L'esprit du temps.
- Gutton, P. (1993). *Lo puberal*. Buenos Aires: Paidós.
- Kaës, R. (1976). *L'appareil psychique groupal*. París: Dunod, 1.ª edición.
- Richard, F. (2001). *Le processus de subjectivation à l'adolescence*. París: Dunod.
- Roussillon, R. (2007). *Manuel de psychologie clinique et psychopathologie*. París: Masson-Elsevier.